

lo» del Imperio al que dió el nombre de círculo de Borgoña. Cada uno de aquellos Estados conservó su autonomía y si bien todos tenían el mismo príncipe gobernábanse libremente; enviaban, sin embargo, diputados á unos Estados generales que representaban cerca del príncipe al conjunto ó, como se decía allí, á la «generalidad» de los Países Bajos.

Entre las diez y siete provincias existían grandes diferencias: el Oeste marítimo, más poblado y rico que el Este, estaba habitado por flamencos y holandeses, gente de lengua germánica; en el Sur, la población era valona, de lengua francesa; y el Este tenía mucha semejanza con los países alemanes vecinos. Aunque el príncipe común hubiese sido únicamente príncipe de los Países Bajos, no habría podido seguramente componer con tan diversos elementos una comunidad política; ahora bien, Carlos V era emperador y rey de muchos reinos, y su política, en la que invertía los recursos que sacaba de los Países Bajos, abarcaba la Europa y el mundo entero. Después de su abdicación, los Países Bajos pertenecieron á su hijo, el rey de España, Felipe II, y esa adjudicación, que era conforme á derecho, no lo era á la naturaleza de las cosas, porque si el círculo de Borgoña había podido ser agregado á Alemania, en cambio nada tenía que ver con España.

Cuando penetró en los Países Bajos la Reforma, primero la de Lutero y después la de Calvino, comenzó la lucha entre aquéllos y su soberano. Carlos Quinto reprimió la herejía cuanto pudo; Felipe II quiso á toda costa exterminarla: «Preferiría, decía, no tener súbditos á reinar sobre herejes.» Y como al mismo tiempo parecía desdeñar aquellos territorios, que nunca visitó, á causa de su poca afición á moverse y de su miedo al mareo, y cuyas franquicias no reconocía, el descontento fué aumentando y acabó por degenerar en una gran rebelión. La represión fué atroz, y para defenderse las diez y siete provincias se confederaron en 1576 por medio de la *Pacificación de Gante*; pero esa unión fué poco duradera. En 1579, las siete provincias del Norte, Güeldres, Holanda, Zelanda, Utrecht, Frisia, Over-Issel y Groninga, se coligaron por el *Pacto de Utrecht* para mantener contra el rey de España sus derechos, privilegios y costumbres y la libertad de profesar la religión reformada; las diez provincias del Mediodía, que habían seguido siendo ó vuelto á ser católicas, sea porque en ellas la persecución hubiese sido más eficaz, sea por razones de temperamento, se habían reconciliado con el soberano. En 1581, las Siete Provincias decretaron la destitución de Felipe II, atendido que «Dios no ha hecho los súbditos para los príncipes, sino los príncipes para los súbditos» y que, por otra parte, Felipe II no era un príncipe, sino un tirano.

Pero hecho esto, viéronse perplejas y no proponiéndose vivir en república, buscaron un príncipe. Las provincias de Holanda y de Zelanda pensaron entonces en elegir conde soberano á Guillermo de Nassau. Los Nassau, oriundos de Alemania y una de cuyas ramas había heredado, en el siglo XVI, el principado francés de Orange, poseían bienes en casi todas las provincias y eran la gran familia de los Países Bajos. Guillermo y sus cinco hermanos habían dirigido la guerra y la política de la insurrección, y Felipe II había puesto precio á la cabeza de Guillermo, que fué muerto en 1584. Las pro-

vincias, en vista de que no encontraban príncipe, siguieron viviendo en república.

Las condiciones de existencia eran distintas en cada una de ellas: las cuatro provincias del Este, Güeldres, Over-Issel, Utrecht y Groninga, eran agrícolas y en ellas la nobleza era numerosa pero poco importante; la Frisia, en donde se había conservado la antigua libertad de los aldeanos, formaba una especie de democracia rural; y Holanda y Zelanda, cuya nobleza había perecido casi enteramente durante la guerra, eran territorios urbanos. De esas diferencias en la organización social resultaban diferencias en las constituciones políticas; pero la confederación nada tenía que ver con ello. Ninguna provincia habría querido subordinar su soberanía á una soberanía colectiva, y los diputados que enviaban á los Estados generales llevaban unas instrucciones de las cuales no podían apartarse; para cualquiera decisión era necesaria la unanimidad de las provincias, y si una de éstas oponía su *veto* era preciso entablar negociaciones con ella. Ahora bien, cada provincia se componía, á su vez, de personas y corporaciones casi autónomas; en Holanda y en Zelanda, cada ciudad era una especie de república soberana que no quería someterse, en los Estados de la provincia, á la ley de las mayorías; de suerte que también en éstos requeríase la unanimidad de los votantes. Y sin embargo, era indispensable que las Provincias Unidas hiciesen juntas la guerra y siguiesen una misma política; la imposición de la necesidad les hizo encontrar medios para ello sin previa deliberación.

Holanda era la más rica de todas aquellas provincias; su suelo no producía casi nada y el primer dinero que allí se ganó fué producto de la pesca y del comercio de maderas, compradas en los países bálticos, pero con la guerra de la independencia comenzó su gran fortuna. En los últimos años del siglo XVI, Holanda fué como un refugio de todos los proscritos de las provincias españolas, artesanos, comerciantes, soldados y también teólogos, filósofos, naturalistas, matemáticos, historiadores, geógrafos y artistas, manifestándose entonces en ella una vida nueva é intensa. La universidad de Leiden, que había sido concedida á la ciudad en recompensa de su resistencia á los españoles, hizose pronto célebre, y se engrandecieron Harlem, Delft y Amsterdam. Esta última, antes de la guerra, no era más que una aldea en comparación de Amberes, ese depósito de las mercancías del Norte y del Mediodía, en donde el italiano Guichardin admiró el movimiento diario de diez mil carros y quinientos buques; pero Amberes, que por un momento había expulsado á los españoles, fué reconquistada por éstos en 1585, lo cual permitió á los holandeses tratar á la gran ciudad como enemiga. La marina holandesa bloqueó las vías del Escalda y Amberes decayó y murió, ocupando su puesto Amsterdam, en donde prosperaron todas las industrias, especialmente las fábricas de paños, los aserraderos, las refinerías y la talla de los diamantes. El comercio holandés, sin descuidar los mercados vecinos, extendióse á todos los mares y en todas las ciudades de la provincia aumentó la población, dándose el caso singular, en un tiempo en que Europa era todavía rural, de que en aquel país hubiese por cada campesino dos habitantes urbanos. Y lo mismo que el ciudadano enriquecióse el labriego, pues para alimentar á las ciudades, desecáronse terrenos in-

vadidos, separándoles del mar por medio de diques; crióse en aquellos *polder* un hermoso ganado, la alquería holandesa fabricó quesos, cultiváronse ricas legumbres en terrenos pantanosos y en los jardines se criaron flores de gran lujo como los famosos tulipanes. Todo se convertía en oro en aquella Holanda, que fué la provincia capital de la confederación.

De aquí que los Estados generales de las Provincias Unidas adoptaran la costumbre de reunirse en Holanda, en el mismo lugar en donde celebraban sus asambleas los Estados de la provincia, es decir, en la aldea de La Haya. Las decisiones de aquellos Estados generales habían de ser discutidas previamente por los Estados particulares, y como Holanda formaba siempre su opinión antes que los demás, establecióse la costumbre de que fuese formulada en primer término, y casi siempre era adoptada. Los Estados de la provincia de Holanda nombraban cada cinco años un magistrado, al que se daba el nombre de «abogado de Holanda» ó «consejero pensionado de la provincia,» y que era, en efecto, una especie de abogado consultor, aunque desempeñaba al mismo tiempo las funciones de secretario, intervenía en todas las comisiones y se enteraba de todos los asuntos. Diputado de derecho en los Estados generales, servía de intermediario entre esa asamblea y los diversos Estados provinciales y estaba encargado de la correspondencia política general. De este modo tuvo la República *de facto* un canciller general que dirigiera su política.

Por otra parte, para dirigir la guerra creóse un capitán general almirante de la Unión, cargo que se confirió á Mauricio de Orange, hijo de Guillermo. Y sucedió luego una cosa singular: en tiempo de la dominación española, cada provincia era gobernada por un estatúder nombrado por el rey; después de la Revolución ese estatúder fué elegido por los Estados de las provincias, seis de las cuales se habituaron á elegir al jefe de la rama de Orange, mientras la otra elegía á un Nassau de la otra rama, y de esta suerte la reunión en una misma mano de la capitania general y de los estatúderos creó un poder importante. La función principal del estatúder era la defensa militar de la provincia, pero también tenía atribuciones civiles y políticas.

Así fué formándose en los últimos años del siglo XVI y en los primeros del XVII la constitución singular de las «Altas Potencias,» las cuales habían proveído á la dirección de la política extranjera y á la dirección de las armas; pero en seguida inicióse un conflicto entre el pensionado y el estatúder, quienes representaron dos políticas diferentes, dos porvenires posibles.

El pensionado era, ante todo, el hombre de la provincia de Holanda, que, por lo mismo que era la más importante de todas, no quería dejarse guiar por las demás. Aquella provincia era rigurosamente particularista y, compuesta de ciudades, constituía la principal residencia del patriciado burgués.

El patricio holandés es un gran personaje en la Europa del siglo XVII; es muy culto y ha estudiado en la universidad de Leiden, en donde alcanzan gran apogeo la filología clásica y la elocuencia antigua, el derecho y las matemáticas. Pero esa educación está puesta al servicio de la vida moderna; así, la elocuencia se emplea

para las discusiones de los Estados y para la redacción de las memorias políticas; las matemáticas, para la guerra, para las máquinas y para la navegación; y el derecho, para las necesidades de un Estado que se halla en negociaciones perpetuas con todo el mundo y cuya fortuna está confiada al azar de los mares. Hugo Grotius, doctor de la universidad de Leiden, ha publicado el *Mare liberum* y el primer gran tratado de derecho internacional, *De jure belli et pacis*.

A su salida de la universidad, comenzaba para el joven burgués la educación por los largos viajes, el comercio, la banca y la política, con lo que aprendía á conocer y á comprender todos los negocios y todas las costumbres.

El alto burgués odiaba la monarquía que su erudición hacía comparar con la tiranía de Tarquino ó de Falaris, despreciaba la democracia y sólo admiraba su propio gobierno, el de los *Próceres*, que, según él, era el verdadero régimen de la libertad. Hacía extensiva la libertad á la misma religión, y así Arminio, en la universidad de Leiden, combatía la doctrina calvinista y la predestinación, derivándose de su enseñanza casi el libre pensamiento, y contaba entre sus discípulos á muchos patricios á quienes cierta generosidad intelectual predisponía á la tolerancia. Por lo demás, los burgueses sabían cuánto ganaba Holanda siendo un territorio de asilo para toda clase de perseguidos, puesto que la libertad religiosa es útil al comercio. Finalmente el patricio amaba la paz, fuente de riqueza, desdeñaba al soldado (*horridus miles*), pobre pelafustán á quien pagaba, y al mismo tiempo le temía, por miedo de que el ejército, con la prolongación de la guerra, se hiciese cliente del príncipe de Orange.

Aquel régimen del patriciado burgués creaba muchos descontentos: las pequeñas provincias que veían con malos ojos la importancia de la grande; la pequeña clase media y los artesanos, excluidos una y otros de las municipalidades; la pequeña nobleza, pobre y muy numerosa en los territorios del Este, que soñaba con hacerse mantener por una corte y por un ejército; el soldado, enemigo del burgués pacífico y tacaño; y los predicadores y el populacho calvinistas, apasionados por el dogma de la predestinación, que establece la igualdad del rico y del pobre ante el juicio arbitral de Dios; execradores de la tolerancia como crimen contra la religión y contra el Estado, y dispuestos á saludar en el príncipe á un juez y á un rey de Israel. Todas esas oposiciones, diseminadas en las diversas provincias, se acogieron al príncipe de Orange, quien tuvo partidarios en todos los Países Bajos y fué el patrono de una especie de democracia militar y hugonote. Estatúder de casi todas las provincias, capitán general del ejército, representaba hasta cierto punto la unidad y la monarquía; y finalmente, como príncipe soberano de Orange era un personaje europeo y los Estados aliados de las Provincias Unidas mantenían correspondencia con él al mismo tiempo que con los Estados generales.

De suerte, pues, que el pensionado y el estatúder personificaban ideas opuestas: federación y unidad; república y monarquía; patriciado y democracia; separación de la Iglesia y del Estado y unión íntima de ambas potestades; régimen de tolerancia y régimen de anatema; comercio y riqueza, y guerra y gloria.

Mientras duró la guerra de la independencia, vivieron en paz; pero en 1609 firmóse entre las Siete Provincias y España una tregua de doce años, impuesta por el patriciado y por el pensionado Barneveld, y Mauricio de Orange se vengó. Los arminianos elevaron á la provincia de Holanda una representación reclamando la libertad de la fe, y los calvinistas intransigentes, á quienes se llamaba gomarianos, del nombre de uno de ellos, el pastor Gomar, replicaron en una contra-representación. Las ciudades de Holanda se declararon partidarias de Arminio y Mauricio abrazó la causa contraria, á la que eran también favorables las otras seis provincias. Comenzó entonces una guerra civil y Mauricio mandó prender á Barneveld, haciéndole comparecer ante un tribunal de excepción, que lo condenó á muerte; y aunque el pensionado había sido el colaborador y el amigo de Guillermo de Orange y uno de los fundadores de la República, Mauricio lo dejó morir. El príncipe, á quien se atribuyen las siguientes palabras: «Ignoro si la predestinación es azul ó gris, pero sé que las trompetas del abogadío no suenan como las mías.» no era un fanático, pero iba á su negocio, y en materia de negocios, los Orange eran implacables. Un sínodo reunido en Dordrecht en 1619, condenó la herejía de Arminio y expulsó de las iglesias y de las universidades á los disidentes; entonces Mauricio fué una especie de dictador y la reanudación en 1621 de la guerra con España prolongó sus poderes. Cuando murió en 1625 sin hijos, su hermano Federico Enrique sucedióle en sus cargos y dignidades y fué uno de los principales aliados de Richelieu (1); Francia le concedió el título de Alteza, que los Estados generales le confirmaron. Su corte era brillante y seria y su campamento una escuela europea de guerra en la que estudió Turena. Casó á su hijo con María, hija del rey Carlos I de Inglaterra y á una de sus hijas con Federico Guillermo de Brandeburgo, con cuales bodas ingresaban los Orange en la familia monárquica.

Pero Holanda, cansada de una guerra funesta al comercio y á la libertad, resolvió entenderse con España, y al morir Federico Enrique en 1647, á pesar de Guillermo II su sucesor, y á pesar de Mazarino y de las demás provincias á las cuales amenazó con una secesión, hizo firmar á la República un tratado separado con aquella potencia (2), con lo cual quitaba á la dictadura monárquica militar su principal razón de ser.

Guillermo II, yerno de Carlos I, cuñado de Federico Guillermo de Brandeburgo y primo de Luis XIV, que era nieto, como él, de Enrique IV, príncipe falto de talento, guapo y atrevido, dió oídos á las proposiciones de Mazarino, que le incitaba á reanudar la guerra, y pensó en separar de la República á Holanda para formar un Estado con las otras seis provincias, á cual efecto intentó contra Amsterdam un golpe de mano que fracasó. Su alianza con Mazarino tomaba cuerpo y ya se estaba preparando un tratado, cuando en octubre de 1650 murió de las viruelas después de una insensata cacería por terrenos pantanosos. El ejército y el pueblo le lloraron y los pastores le compararon á Cristo, de cuya venida no era digno el mundo; en cambio la alta burguesía de Amsterdam, al recibir la noticia en plena

(1) Véase t. III, págs. 688, 690, 770 y 789.

(2) Véase pág. 8.

noche, dió rienda suelta á su alegría. Varios escritos celebraron «la última hora de la vida del príncipe, primera hora de la libertad.» y se acuñó una medalla en cuyo reverso se veía á Faetón caído de su carro, y en cuyo anverso se leía: *Magnis excidit ausis*, «ha sucumbido á sus audacias.»

Como Guillermo II no dejaba sino un hijo que aún había de nacer y que será Guillermo III, y como ningún príncipe de la casa de Orange se hallaba en condiciones de hacer frente al patriciado, la provincia de Holanda dirigió á los Estados generales una representación manifestando «que le parecía intempestiva la elección de un nuevo estatúder y de un capitán general.» La mayoría de las provincias prescindieron del estatúder y la capitán general quedó vacante; los Estados de Holanda tomaron á su servicio la guardia montada del príncipe, añadiéndole un regimiento, y los Estados de cada provincia dispusieron de las guarniciones establecidas en sus ciudades. Los pasos de las tropas de una parte á otra hubieron de ser autorizados por los dos interesados; los soldados prestaron juramento á la vez á la provincia que los pagaba y á los Estados generales, y el ejército fué federalizado y ciudadanizado.

Así se previno el peligro de la subordinación de las provincias á un jefe militar único.

La provincia de Holanda hubo de luchar contra los gomarianos intransigentes. La Iglesia calvinista, que aspiraba á establecer una unidad de fe, conforme á las decisiones del sínodo de Dordrecht, se dirigió á los Estados generales diciéndoles: «La Iglesia es la muy amada de Dios, quien conserva ó destruye los Estados, según que en ellos se vea aquella protegida ó perseguida. Jerusalén debe ser elevada por encima de todo, como así lo ha explicado el sínodo de Dordrecht conforme á la palabra de Dios.» Y pidió la abolición de la idolatría, de la superstición y de la jerarquía papistas, y que la ley prohibiese la profanación del domingo, las comedias, el lujo y los bailes: «Todos esos pecados y singularmente la tolerancia religiosa han atraído la cólera de Dios sobre este país, debiendo achacarse á esas abominaciones las fiebres malignas que lo azotan, la decadencia del comercio, las inundaciones y la carestía de los víveres.» Quería asimismo que se excluyese de todos los empleos á los disidentes y á los católicos; que sus hijos fuesen declarados ilegítimos, prohibidas sus reuniones, cerradas sus escuelas, y que los embajadores católicos no tuviesen el derecho de hacer predicar en sus capillas en lengua holandesa; es decir, todo el programa que seguirá Luis XIV en la revocación del Edicto de Nantes.

La provincia de Holanda no se atrevió á entrar en lucha con aquellos poderosísimos fanáticos sobre todas las cosas por éstos exigidas y encontró un término medio: cada provincia sostendría en su territorio el culto reformado; las capillas católicas se abrirían únicamente para el personal de las embajadas de los príncipes católicos, y las sectas disidentes no podrían establecerse fuera de los lugares en los cuales se hallaban en posesión del culto.

Los diputados de las iglesias protestaron contra esa tolerancia, pero los Estados generales aceptaron el compromiso, salvándose de este modo el peligro de la unificación por la Iglesia.

En 1653 la provincia eligió pensionado á Juan de Witt, que fué el verdadero tipo del patricio; joven aún, pues sólo contaba veintiocho años, había estudiado en Leiden y realizado luego varios viajes. Era «maestro en las siete artes liberales, filósofo sutil, orador correcto, lleno de imaginación; en punto á matemáticas era un segundo Euclides, y un político más que perfecto;» al mismo tiempo, era «cortesano,» es decir hombre de buenos modales y de buen humor, «lo mismo figurando en un baile, que jugando al ajedrez, que haciendo juegos de manos con los naipes.» Tenía una fisonomía franca, los ojos á flor de la cabeza y boca grande de hablador; pero su rostro, recortado por negros cabellos, era grave, con expresión de reflexión y de prudencia. Cortés con sus adversarios, sin visible odio, pródigo en palabras, pico de oro, vigilaba de cerca á sus contrarios los orangistas. Profesaba la estricta doctrina holandesa: «Las Provincias Unidas no son una república; cada provincia es una república soberana, y á las Provincias Unidas no deberían llamarse república en singular, sino repúblicas en plural.» De modo que era autonomista; era también liberal, creyendo en los derechos del individuo que ningún contrato político puede abolir; admiraba los gobiernos de comerciantes, porque éstos crean la riqueza y saben emplearla bien, y detestaba á los monarcas, que arruinan á un Estado para mantener una corte y un ejército. ¿Acaso la Hansa no decayó apenas las ciudades cayeron en poder de los reyes? Cuéntase que en su oración cotidiana decía: *De furore monarcharum libera nos Domine*, «Señor, libranos de la locura furiosa de los monarcas.» Era tolerante y en su fuero interno despreciaba á la plebe vehemente, á quien algunos predicadores hacían creer, creyéndolo ellos mismos, que la tolerancia engendra fiebres.

La política y el poder le cautivaban, y aunque con sus ideas sobre la autonomía de las provincias el gobierno era difícil, pues en cada asunto era preciso obtener la adhesión de todo el mundo, reunía de Witt las cualidades necesarias para moverse entre las dificultades. Sumamente laborioso, lo tenía siempre todo dispuesto, seguía con paciencia el curso de todos los asuntos, y conocía al dedillo las Siete Provincias y en cada una de ellas á los personajes principales, es decir, á unos dos mil hombres. Así gobernará durante veinte años, ejerciendo siempre de diplomático, para lo cual le servirá su arte de bien decir y su elocuencia.

Es un prodigio eso de que en el siglo XVII aquel simple ciudadano llegase á jefe de Estado, como lo es también que las Siete Provincias fuesen una gran potencia, como España, el Imperio, Francia é Inglaterra.

Ese poderío acabó de formarse durante la primera mitad del siglo XVII, y las provincias lo debieron en parte á su pobreza nativa y al peligro en que su rebelión las puso. El hijo de los Países Bajos, en su esfuerzo por vivir, adquirió energía, tenacidad, espíritu práctico y rudeza para el lucro; pero tuvo necesidad de que le ayudaran las circunstancias históricas, y en efecto, le ayudaron poderosamente la decadencia de las dos grandes potencias marítimas, España y Portugal, á costa de las cuales progresó Holanda, y los disturbios políticos y religiosos de Francia hasta la pacificación lograda por Enrique IV, y de Inglaterra hasta el reinado de Isabel.

Esos disturbios paralizaron á los dos países que podían tener poderío en los mares, y después, cuando la Francia de Enrique IV y la Inglaterra de Isabel recobraron la tranquilidad y la fuerza, ambas naciones ayudaron á los Países Bajos rebelados contra España. Finalmente, muerta Isabel, reprodujéronse los disturbios en Inglaterra, y Francia, desde que la gobernó Richelieu, consumió todas sus energías en la gran guerra contra la casa de Austria. A todas esas circunstancias debió Holanda su fortuna.

El comercio de las especias era uno de los más lucrativos, y los holandeses, que las habían ido á buscar á Lisboa, cuando Felipe II les cerró aquella rada, intentaron llegar á las Indias por los mares del Norte de Europa y de Asia; pero detenidos por los hielos, tomaron la ruta del Cabo de Buena Esperanza. La Compañía holandesa de las Indias orientales, fundada en 1602 (1), conquistó casi todas las posesiones portuguesas, el Cabo, los puertos de la India, Ceylán y las islas de la Sonda. En la isla de Java construyese Batavia, la capital de aquel imperio de las especias, «resplandeciente como una esmeralda en torno del Ecuador,» y desde Batavia establecieron relaciones con la India y con el Japón. Por otra parte, una compañía de las Indias occidentales tomó por un momento el Brasil á los portugueses, que no tardaron en reconquistarlo, y se instaló luego en las pequeñas Antillas, en Guyana, y, en la costa de la América del Norte, en Nueva Amsterdam, que, andando el tiempo, será Nueva York. Ese comercio con lejanas tierras no hacía descuidar los antiguos negocios. Las «naciones» holandesas de las Escalas de Levante prosperaban, y los holandeses hacían casi todo el comercio del Báltico, practicaban el cabotaje en Francia y en Inglaterra, y, en una palabra, explotaban todo el mundo conocido. Un contemporáneo, Wicquefort, decía: «Como la abeja, chupan el jugo de todos los países; Noruega es su bosque (de ella sacaban sus maderas de construcción); las orillas del Rhin, del Dordoña y del Garona son sus viñedos (de ellas sacaban los vinos y aguardientes que luego revendían); Alemania, España é Irlanda, sus parques de carneros (de ellas sacaban la lana para sus manufacturas), y la India y la Arabia, sus jardines (de ellas sacaban las especias y los aromas).

Todas las industrias se engrandecieron: la pesca ocupó más de seis mil barcos; y Saardam, junto á Amsterdam, llegó á ser el astillero mayor del mundo. Y lo más sorprendente fué que aquel país que no producía trigo acabase por ser un inmenso depósito de granos, que almacenaba en los años de abundancia y vendía en los de escasez, de manera que un hambre en Europa era una fortuna para Holanda. Allí prosperaban todas las instituciones auxiliares del comercio, como las grandes compañías, los seguros marítimos, los bancos. El banco de Amsterdam, fundado en 1609, recibía monedas de todas procedencias cuya circulación era difícil á causa de las tasas y de las leyes de cada una, y abría un crédito proporcionado á los comerciantes que tenían depositados en él lingotes ó monedas y entre los cuales los pagos se efectuaban en moneda de banca, es decir, por medio de transferencias de una cuenta á otra. La exis-

(1) Véanse págs. 103 y 114.

tencia metálica del banco ascendía á muchos centenares de millones de libras; en ninguna parte de Europa se habrían encontrado tantos millones reunidos. Holanda era, pues, un «país pecunioso.»

También llegó á ser una potencia intelectual. La universidad de Leiden hizose célebre por la enseñanza de la filología clásica, y en ella enseñaron Justo Lipsio, Escaligero y Saumaise. Un régimen de tolerancia permitió casi la libertad de pensamiento: Descartes pasó veinte años de su vida en Holanda porque allí se sentía tranquilo; y uno de sus discípulos más atrevidos, Spinoza, nacido en Amsterdam, vivió en esa ciudad sin verse molestado más que por la intolerancia de sus correligionarios. La imprenta prosperaba en un gran número de ciudades, especialmente en Amsterdam y en Leiden en donde trabajaban los Elzevir, y en Holanda se publicaron ediciones sabias de autores antiguos, libros de diversas ciencias, folletos y gacetas, habiéndose formado en aquel país, lleno de refugiados de diferentes Estados, una especie de periodismo europeo. Por último, un arte holandés producía grandes maravillas, tales como los cuadros de Franz Hals, Ruysdael, Potter, Steen y Rembrandt que interpretaron con honrada verdad y con un sentimiento profundo de la naturaleza, fisonomías de hombres y de animales, paisajes, las aguas, los cielos, y todos los matices de la luz húmeda.

Los holandeses sentíanse orgullosos de su obra, y de Witt, á quien se tachaba de vanidoso, tenía razones sobradas para estar satisfecho de la República y de sí mismo. Había visto caer la monarquía de Inglaterra y conocía las miserias de la monarquía francesa después de la Fronza, la ruina de España y la impotencia del Imperio, y su amistad era por todos solicitada. Luis XIV dirá que Dios ha hecho nacer al Sr. de Witt «para grandes cosas,» y dará gracias á Dios por haber dado por amigo á Francia á aquel burgués que tenía seis mil libras de sueldo, iba á pie por la calle seguido de un criado, y no salía en coche más que los días de gala para ir á visitar á los embajadores, en cuales ocasiones el criado único iba montado en la trasera del carruaje.

Holanda, sin embargo, no tenía un caudal de energías naturales capaz de soportar una fortuna proveniente, en parte, de circunstancias y de accidentes. La grandeza de Juan de Witt era hija también de un accidente, la menor edad de Guillermo. Ahora bien, las circunstancias se modificaban y surgían peligros. Inglaterra, bajo el gobierno de Cromwell había salido de su inacción, y la guerra que había declarado á las Provincias Unidas hacía un año que duraba cuando de Witt fué elegido pensionado. La provincia de Holanda, cansada ya de ella, indujo á los Estados generales á enviar una embajada á Inglaterra, la cual, entre otras condiciones para la paz, impuso la de que el joven príncipe de Orange permaneciese excluido de los cargos y de las dignidades de su padre. Los embajadores de los Estados no quisieron acceder á ello, pero los de Holanda prometieron secretamente que su provincia pondría el *veto* á la restauración de los Orange, y la paz fué firmada. Cuando se hizo necesario revelar á los Estados la cláusula secreta, el partido orangista acusó á de Witt de haber sugerido á Cromwell la idea de la exclusión

del príncipe Guillermo, en mengua de la República, para asegurar la dominación del patriciado; de Witt se defendió diciendo que Cromwell había hecho de la exclusión condición *sine qua non* de la paz y que el estado del comercio y de la hacienda hacía la paz necesaria. «La tranquilidad, dijo, no reinará en este Estado hasta que se renuncie francamente á querer dar un jefe á la República;» y luego hizo el elogio de la libertad y del estado republicano, en el que el mérito y no un nacimiento ilustre da derecho á las dignidades. En resumidas cuentas, habíase demostrado con motivo de aquel incidente que la provincia de Holanda se atribuía el gobierno de la confederación, que las Provincias Unidas solas no podían sostener una gran guerra, y que el patriciado quería la paz á todo trance.

La restauración de los Estuardos en 1660 fué una amenaza para la República, pues dió ánimos á los orangistas, quienes pidieron que se reintegrara al príncipe en los honores de sus antepasados para que gozase de ellos en cuanto cumpliera diez y ocho años. Inglaterra apoyó con altanería esa demanda, y los Estados, obrando prudentemente, abolieron el acta de exclusión y decidieron encargarse de la educación del joven príncipe «á fin de ponerle en condiciones de desempeñar más adelante las funciones eminentes de que sus antecesores habían estado revestidos en la República.» De Witt fué uno de los educadores designados para aquel peligroso pupilo. Era de prever que Inglaterra, cuando llegara el caso, reclamaría la restauración del príncipe de Orange en las «funciones eminentes;» y como al mismo tiempo se exacerbaba la rivalidad comercial entre ambos países, era de temer que estallase una nueva guerra.

Ahora bien, las Provincias Unidas tenían muchos enemigos, por lo mismo que habían perjudicado á todo el mundo: á España, cuya ruina habían iniciado con su rebelión; á Portugal, cuyas principales colonias habían conquistado; á Suecia, á la que habían impedido la conquista del Báltico. Su política de comerciantes y de banqueros era gravosa para los pequeños príncipes alemanes vecinos, á quienes prestaban dinero á crecido interés y tomando en prenda ciudades en donde instalaban guarniciones. Uno de los príncipes que recurrieron á aquel monte de piedad era el elector de Brandeburgo, cuyas fortalezas renanas retuvieron las Provincias Unidas durante medio siglo. La tiranía comercial de éstas era odiosa al mundo entero; sus buques bloqueaban el Escalda para impedir que reviviese Amberes; hubieran querido encerrar en el Báltico el comercio de Suecia y de las ciudades hanseáticas é interceptar la navegación del Rhin, del Mosa y del Ems; y habían instalado en territorio español blocaos de aduaneros armados con cañones. No había Estado, pequeño ó grande, que no tuviese algún agravio contra los holandeses. Francia, á la que habían ofendido abandonándola en Munster para entrar en tratos con España, era orangista como Inglaterra, y además el hecho de querer ser una gran potencia comercial había de ponerla en pugna con Holanda. Ya durante el ministerio de Mazarino había impuesto á los buques extranjeros un crecido derecho de entrada y salida de sus puestos, asestando con ello al comercio de cabotaje un primer golpe á consecuencia del cual estuvo á punto de estallar

una guerra. Por último, Francia codiciaba los Países Bajos españoles y de Witt pensaba: «La conquista de los Países Bajos españoles por las armas del rey de Francia sería para este Estado una carga de las más alarmantes y gravosas, por muchas razones importantes que ya en otro tiempo hicieron temer al gobierno del país la vecindad en cuestión.»

La política exterior del patriciado era, pues, difícil, tanto más cuanto que, por miedo á los orangistas había reducido las fuerzas militares á su más mínima expresión, y por consiguiente estaba condenado á vivir en paz. Pedro de La Cour, un amigo de Witt, escribía en 1662: «Dejemos que ruede el mundo revueltamente y no nos inmiscuyamos sin necesidad en las contiendas de los soberanos; imitemos al gato que sólo caza los ratones para sí mismo.»

¿Pero y si, á pesar de todo, la República se veía sin motivo atacada? Cifraba sus esperanzas en el mar, en sus canales, en la inundación por la rotura de los diques, en sus hermosas fortalezas y en su política que, en la hora del peligro, no dejaría de encontrar aliados: «Fortifiquemos nuestras ciudades; nos defenderemos vigorosamente y con ello daremos tiempo á que algún vecino acuda en nuestro auxilio.» Estas palabras son la visión exacta de los acontecimientos de 1672.

Tal era Europa cuando Luis XIV se encargó del gobierno de Francia. La casa de Habsburgo, potencia fabricada mediante una serie de matrimonios, contraria á la naturaleza y funesta, estaba en decadencia; y los países hereditarios de la rama austriaca, lo propio que el imperio de la rama española, sólo apariencias de fuerza tenían y en una y otra el gobierno hallábase enervado. Italia y Alemania, después de la lucha medioeval del sacerdocio y del Imperio y después de los trastornos de la Reforma y de las guerras políticas, comenzadas en el siglo xv y no terminadas hasta los tratados de Westfalia, estaban fraccionadas y se veían explotadas por pequeños potentados, entre los cuales apenas se vislumbraban los antecesores del futuro emperador alemán y del futuro rey italiano. Estados pequeños ó medios, como Portugal, Dinamarca, Suecia, Polonia y los príncipes de Italia ó de Alemania, podían servir de complementos en las luchas entre los grandes. Turquía parecía en vísperas de hacerse conquistadora. De todos los Estados el más poderoso era Francia, cuyo rey lo dirigía bien y cuya casi inagotable riqueza natural le permitía el gasto de la guerra continua. Inglaterra y Holanda se diferenciaban entre sí esencialmente, pues aquella tenía una fuerza intrínseca de que carecía ésta; pero en cambio asemejábanse en otras cosas también esenciales, ya que ambas eran naciones marítimas, mercantiles, de libertades y protestantes, y la actividad política, la pasión religiosa y la ambición del lucro eran poderosos estímulos en la vida de ambos pueblos.

V.—Orientación de la política francesa

Que Luis XIV había de emprender la guerra era cosa evidente. La guerra era una costumbre en la civilización de entonces y cuando por un momento cesaba, los pueblos no dudaban de que reaparecería, como reapparecía la estación inclemente. Los príncipes, por su

parte, la creían una función natural de la realeza. Toda la cuestión estribaba en saber contra cuáles enemigos se dirigiría Luis XIV.

Sully y Richelieu habían definido una política nacional francesa: el primero decía que el único medio de restituir á Francia su antiguo esplendor era devolverle los países «que antiguamente le pertenecieron y que parecen ser de la conveniencia de sus límites, como Saboya, el Franco-Condado, la Lorena, el Artois, el Hainaut, las provincias de los Países Bajos y finalmente el Rosellón,» y el segundo opinaba que era preciso «poner á Francia en todos los lugares en que estuvo la antigua Galia.» La idea de que Francia debía ocupar todo el espacio de la Galia, entre el mar, el Rhin y los Alpes, la hallamos ya en la época merovingia y podemos seguirla al través de nuestra historia, habiéndose concretado en el siglo xvi, después que varios de los países comprendidos entre la frontera real y la frontera soñada, como los Países Bajos, la Alsacia, el Franco-Condado y el Rosellón, hubieron entrado á formar parte del patrimonio de los Habsburgo. Por los Países Bajos y la Alsacia, los Habsburgo de Madrid y los de Viena se comunicaban entre sí y oprimían á Francia, la cual necesitaba substraerse á aquella opresión, y había conquistado, después de un siglo de guerras, la Alsacia menos Estrasburgo, el Artois, algunas ciudades de Flandes y el Rosellón.

Quedaba, pues, mucho que hacer para completar el programa de Sully y de Richelieu; pero ofrecióse al rey otra política que habría sido, en el exterior, la continuación del gobierno de Colbert y que consistía en hacer de Francia «el árbitro del comercio.» En este nuevo camino habría topado con otros enemigos: á Viena y á Madrid habrían sucedido Amsterdam y Londres; mas Holanda é Inglaterra no estaban unidas como Austria y España, antes al contrario se envidiaban recíprocamente, de suerte que hubiera sido posible la alianza de la una para destruir la otra, logrado lo cual se habría visto lo que convenía hacer. La política comercial hallábase explicada con singular precisión en una instrucción dada en 1665 al embajador de Francia en Suecia: impedir á una de las potencias marítimas hacerse dueña «de la navegación y de todo el comercio del mundo;» y agrupar en torno de Francia «á los demás potentados que poseen costas marítimas cuyos subditos, traficantes en el mar, tienen los mismos intereses que ella.» Esta política habría sido repetición de la seguida en el continente, á saber: reunión de los débiles bajo la hegemonía de Francia con ventaja para todos, especialmente para ésta que, defendiendo en el mar el equilibrio y la libertad como en tierra los había defendido, habría podido ganar, después de la supremacía continental la superioridad marítima (1).

(1) Francia trató de hacer entrar á Portugal en una especie de liga de los Estados pequeños contra las potencias marítimas. En efecto, en 1669 ordenóse, por medio de una instrucción al Sr. de Saint-Romain, embajador en Lisboa, que procurase concertar «una unión de comercio entre los franceses y los portugueses;» Francia participaría «en sociedad» del comercio que los portugueses, aunque en parte despojados por los holandeses, hacían todavía en las Indias «y entraría en participación de los territorios que aún les están sometidos y de las plazas que poseen.» Respecto de la política comercial francesa, véase Segur-Dupeyron, *Histoire des négociations commerciales et maritimes de la France aux XVII^e et*